

Edogawa Rampo.

# Edogawa Rampo, pionero del policial japonés

El lagarto negro nos acerca al origen de toda una manera de hacer literatura

ALEJANDRO M. GALLO

Los relatos policiales y de misterio de Edgar Allan Poe tuvieron en Japón una influencia tardía, pero muy fuerte, en especial en los textos de Kido Okamoto (1872-1939) y Edogawa Rampo (1894-1965). En ambos autores también se nota la influencia de Arthur Conan Doyle y de Maurice Leblanc. Kido Okamoto creó al detective Hanshichi a imagen y semejanza de Sherlock Holmes, con sus mismos juegos deductivos, pero integrado en el escenario del Japón imperial y con una carga mitológica muy alta. Por su parte, Edogawa Rampo nos presentará el detective Kogoro Akechi, que es un entreverado de Auguste Dupin, Sherlock Holmes y Arsénio Lupin. Eran los primeros relatos policiales en Japón, que como en el resto del mundo fueron una imitación de los maestros citados, pero con el envoltorio de los escenarios de sus ciudades más pobladas y con las tradiciones y costumbres más arraigadas.

Tendrían que transcurrir muchos años para que se desarrollase una novela negra autóctona en el país del sol naciente sin recurrir a la imitación de la occidental. Hoy, podemos citar a Masako Togowa (1933), Natsuo Kirino (1951), Miyuyo Kakuta (1967), Miyuki Miyabe (1960), Keigo Higashino (1958) y, el más joven, Fuminori Nakamura (1977), como los nombres de autores japoneses multipremiados y reconocidos en su patria así como en los países occidentales —los seis tienen obras traducidas al castellano—, que han instalado los pilares sobre los que se asienta la novelística negra del Japón: ambientes poco refinados y hasta depravados, desafecto en las relaciones personales —muy alejados de las pasiones latinas—, la mezcla de alta tecnología con la tradición y costumbres más ancestrales, con un ritmo de narración más sosegado que el occidental y, por último, que es un género donde la mayoría son mujeres que lo usan con maestría para trasladar al mundo —«visibilizar», como se dice en postmoderno— su problemática en la sociedad japonesa actual: la desigualdad de salarios, los abusos sexuales y la violencia de género.

La editorial Salamandra ha rescatado para el mercado en castellano la novela de Edogawa Rampo, seudónimo de

Hirai Taró, **El lagarto negro**, publicada en Japón en 1934. Es una novela de su detective Kogoro Akechi, el más famoso de sus personajes, en la línea de Auguste Dupin de Edgar Allan Poe, pero con toques de acción trepidante y momentos de cierto humor. La trama se organizada como un juego o un duelo de inteligencias, en este caso entre el detective Kogoro Akechi y madame Midorikawa, una suerte de femme fatale apodada el «Lagarto Negro» por el tatuaje que luce en el brazo. Ella es coleccionista de cosas raras y valiosas, así que el diamante más valioso de Japón, la Estrella de Egipto, se convierte en su obsesión. El auténtico propietario de la piedra contrata al detective Akechi para que proteja a su familia y custodie el diamante. Ahí comienza el juego, uno intentará cumplir con su trabajo y la otra querrá derrotarle y hacerse con la joya. La novela puede resultar en algunos momentos extraña e incluso infantil para el lector actual, pero hay que situarla en su tiempo y lugar —«contexto», dirían los postmodernos—, pues dicha novela fue escrita por entregas y publicada en los diarios de la época. De ahí que se aprecie cómo ciertos capítulos son alargados innecesariamente, pues tenían como fin cumplir con la extensión solicitada por el periódico. Sin embargo, la novela ha de leerse como una muestra de la génesis del policial en Japón, y no en la comparativa con la complejidad de la sociedad actual y el laberinto de tramas entrelazadas y del hard boiled presente en las novelas de hoy.



El lagarto negro

EDOGAWA RAMPO  
Salamandra, 2017,  
188 páginas, 16 euros

## LA BRÚJULA

EUGENIO FUENTES

### Descomunal tarea de héroes para un apocalipsis

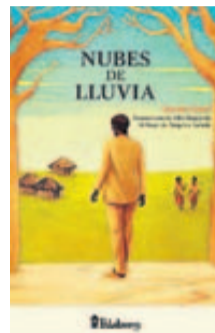
Los amantes de las distopías de largo recorrido están de enhorabuena. **El mundo que vimos desaparecer** tiene todos los recursos narrativos que puedan desear: fantasía, ciencia-ficción, horror, humor, misterio, inmundos recovecos políticos y hasta piratas y ninjas se dan cita en esta historia que acaba siendo un canto agríndice al heroísmo y al amor. Imaginen que el mundo tiene una columna vertebral hueca, el tubo de Jorgmund. E imaginen que, de repente, está en llamas. Habrá que contratar a un grupo de apagafuegos, a ser posible con experiencia en operaciones especiales. Dicho y hecho: el viaje iniciático acaba de comenzar y, como tal, es una ventana al entretenimiento pero también a la revelación. **Nick Harkaway** (1972), de quien, para no restarle méritos, debería decirse bajito que es hijo de **John Le Carré**, se estrena entre los lectores españoles con la que fue su primera novela (2008), una minuciosa historia de anticipación que dice mucho sobre este pantano en el que nos debatimos.



El mundo que vimos desaparecer  
NICK HARKAWAY  
Traducción de Carmen Fortes e Iris César  
Armaenia  
638 páginas, 24,95 euros



El hijo cambiado  
JOY WILLIAMS  
Traducción de David Paradela  
Alpha Decay  
280 páginas, 24,90 euros



Nubes de lluvia  
BESSIE HEAD  
Traducción de Elia Maqueda  
Palabro  
228 páginas, 20,90 euros



Las plumas  
SALIM BARAKAT  
Traducción de Carolina Frías y Almudena García  
Navona  
304 páginas  
25 euros

### La novela maldita que Joy Williams sacó a destiempo

Tras haber entrado con fanfarrias en el panorama literario —su primera novela, **Estado de gracia**, quedó finalista del “National Book Award” el año que lo ganó **Pynchon** con **El arco iris de gravedad**—, Williams se encontró con que su segunda propuesta era rechazada. Sencillamente, había llegado a destiempo. La historia de Pearl, una joven madre alcohólica que intenta escapar de la isla poblada por niños feroces en la que está atrapada, resultó demasiado lírica, mágica y psicodélica para una sociedad que, corría 1978, estaba buscando sacudirse las conmociones de los quince años anteriores con un cóctel de glamour, dinero y cocaína. Por fortuna, el lector en castellano ya conoce **Estado de gracia** y la impresionante **Los vivos y los muertos**, lo que le sitúa en posición inmejorable para disfrutar de una novela, tan surrealista como posmoderna, en la que Williams vuelve a demostrar toda su maestría.

**El hijo cambiado** (1978) ha quedado como la novela maldita de la estadounidense **Joy Williams**.

### Huida al norte de una mulata sudafricana en línea de fuego

Mujer, mulata, sudafricana. Son los vértices del duro triángulo vital que delimita la vida de **Bessie Head** (1937-1986), una relevante narradora desconocida en España. Nacida en el psiquiátrico donde estaba encerrada su madre blanca, tuvo una infancia agitada, entre adopciones y orfanatos, que desembocó en una primera juventud de activista y periodista pionera. De equilibrio psíquico siempre frágil —murió de una hepatitis causada por su alcoholismo—, hacia los 27 años se exilió en la vecina Botsuana, colonia británica agrícola y ganadera. Esa huida al norte, y el posterior asentamiento, son los zócalos sobre los que eleva **Nubes de lluvia**, primera de sus novelas traducida al castellano. Sirviéndose de un alter ego masculino, cuyo contrapunto es un reformador agrónomo inglés, Head compone una historia de luchas de poder, tribulaciones femeninas y tradiciones opresivas que es a la vez poderoso instrumento de combate y espléndida pieza literaria que remueve las conciencias.

Cuando, en 1990, el kurdo sirio **Salim Barakat** publicó su tercera novela, **Las plumas**, llevaba ya casi dos décadas sumido en el peregrinaje forzoso al que se ven condenados muchos buscadores de libertad.

### Memoria y juego de espejos, alegoría de la opresión kurda

Barakat, que desde hace ya años ha encontrado reposo en la capacidad de asilo que todavía conserva Suecia, estudió en Damasco, emigró a Beirut, se refugió en Chipre del infierno de la guerra civil libanesa y allí dio a luz este magno juego de espejos entre la memoria, el doble y los sueños que, al fin, acaba siendo una alegoría de la lucha de un pueblo por su libertad. Escrita en árabe, **Las plumas** ya revelaba el esplendor de un estilista que se sirve de toda la imaginería de la tradición de Oriente Medio para alimentar una historia muy contemporánea en la que el lector haría mal en dar nada por sentado. Salvo que si sabe desplegar la paciencia recomendada por los sabios orientales encontrará una gratificadora salida a los nubarrones por los que se creía cercado en los primeros compases de la lectura.